

**LITERATURA Y PERIODISMO EN EL CRIMEN DE  
LA CALLE DE FUENCARRAL DE BENITO PÉREZ  
GALDÓS**

José Manuel García Gil

Escritor

# LITERATURA Y PERIODISMO EN EL CRIMEN DE LA CALLE DE FUENCARRAL DE BENITO PÉREZ GALDÓS

José Manuel García Gil

Lengua de Trapo rescata estos textos de Benito Pérez Galdós sobre dos de los crímenes más sonados de la segunda mitad del siglo XIX, el llamado crimen de la calle de Fuencarral y el crimen del cura Galeote (titulado así, *El crimen de la calle de Fuencarral. El crimen del cura Galeote*). El primero fue un crimen chapucero y sórdido de los que llaman “de doméstica” (criada mata a señora para robarla) en el que se vio implicado el director de la cárcel Modelo, pues la prensa descubrió que los presos podían salir a placer de la cárcel donde se suponía estaban reclusos, y a resultas de lo cual tuvo que dimitir el presidente del Tribunal Supremo. El segundo fue contra la persona del primer obispo de Madrid quien, a los pocos días de entrar en posesión de su cargo, recibió tres tiros de Cayetano Galeote Cotilla, uno de esos curas asilvestrados que se daban en el Madrid de la época. Galdós se hizo eco de ambos crímenes en las crónicas que envió al diario *La Prensa*, de Buenos Aires.

El libro en cuestión entresaca aquellas crónicas que, enviadas como cartas, se refieren a un mismo asunto y compone así varias unidades narrativas independientes, creando de alguna manera el relato de uno y otro crimen (7 crónicas de julio de 1888 a mayo de 1889 montan el 1º y 3 de 1886, el 2º).

Estos asesinatos fueron acontecimientos de impacto nacional. La causa de su popularidad, como explica Galdós, fue la intervención de la naciente prensa sensacionalista y la politización del juicio. Se produjo lo que hoy llamamos juicio paralelo, “la doble instrucción del proceso, la instrucción judicial y la de la prensa”.

Galdós, incluso, se manifiesta en contra de la intervención de cierta prensa en el proceso: "la prensa —dice— obligada cada día a sostener y apacentar la curiosidad del público, no puede ejercer de fiscal ni menos de juez en asuntos criminales sin exponerse a cometer grandes e irreparables injusticias". Algo que, en otro lado, matiza: "la prensa ha hecho algo más que informar, ha tomado parte importantísima en la investigación de la verdad, una parte activa en la instrucción del proceso, ayudando a los jueces, arrojando toda luz posible. No es aventurado afirmar que los adelantos del proceso son debidos a la insistencia con que la opinión pública por conducto de la prensa ha señalado el camino de la verdad".

Al margen de todo esto, lo que nos interesa ahora destacar es el tratamiento literario que el escritor Benito Pérez Galdós da a estas crónicas periodísticas. Aunque no es el objeto de este artículo, sí mencionaré al menos le resultaron útiles pues dieron al escritor la posibilidad de nuevos desarrollos novelescos. No es raro si pensamos que las novelas tienen un proceso de investigación periodística. Para poder fabular, uno primero tiene que conocer todo sobre lo que va a escribir. No se puede fabular con la ignorancia y el desconocimiento. La novela, tal cual yo la veo, no sólo es un proceso de escritura, sino también de investigación. Notas policíacas motivaron, por ejemplo, al francés Stendhal y al argentino Ernesto Sábato, a escribir sus novelas *La cartuja de Parma* y *Sobre héroes y tumbas*, respectivamente; y el mismo Truman Capote investigó a lo largo de cinco años todas las particularidades de un terrible crimen en Estados Unidos para crear su novela *A sangre fría*, que antes, curiosamente, había aparecido como serial en el *The New Yorker*.

El periodismo, por tanto, está ligado a los orígenes de la literatura moderna. Constituye una de sus vertientes, una de sus opciones. Desde la opción del periodismo entra en la escritura la visión crítica, el registro de los sucesos y su comentario, el uso y el uso inventivo, pero no abusivo, de la memoria. El primer escritor de esta especie: Montaigne. El primero en nuestro idioma: Baltasar Gracián.

Esta relación evidente entre el periodismo y la modernidad literaria se pone de relieve, por ejemplo, en el estilo ilustrado, civilizado, crítico, de un Jovellanos, un Leandro Fernández de Moratín o un José María Blanco White. Ese periodismo de las ideas y de la sensibilidad, que escapa por definición a todo control académico, reglamentario, es uno de los orígenes más sólidos de las crónicas de Galdós y del periodismo literario de hoy en día. De esa fuente brota el memorialismo burlón de Trapiello, la visión lúdica de Millás o la prosa reflexiva, culta, intransigente de Manuel Vicent.

La inserción del periodismo en la corriente central de la creación literaria es un fenómeno que se ha dado, pues, en todas las literaturas modernas: en la inglesa, la

rusa, la francesa, la italiana. La familiaridad con la escritura en la prensa del realismo o de la generación española del 98 era además una manifestación peninsular de actitudes asimiladas hacía tiempo en América Latina y de la que son ejemplo estas crónicas de Galdós publicadas en Argentina.

El periodismo y la novela o la poesía parecen, en principio, géneros literarios distintos, cada uno regido por su propia lógica y estética. Las diferencias de partida, a la hora de escribir en un medio de comunicación o hacerlo para el soporte libro, parecen sensibles. La actualidad la dicta el periódico, y condiciona la manera de ser reflejada en el mismo. El periódico escribe la crónica cotidiana de la vida. Contempla menos la indagación, la profundización, aunque existen, siempre han existido, excepciones, y de alto valor literario y crítico. Por otra parte, los personajes, su origen, desarrollo moral y psicológico, son más analizados en la novela. Hay diferencias en el estilo y en el receptor, sobre todo. En el periodismo debes pensar siempre en el lector, en la literatura si piensas en el público estás perdido. Tiene más libertad el escritor que el periodista, más condicionado por limitaciones de tiempo, espacio o lenguaje. Una vieja discusión considera además que el periodismo no cumple los requisitos que podrían ubicarlo al lado de la literatura. Para Unamuno el periodismo mata la literatura y para el poeta mexicano Salvador Novo, muy gráfico él, "no se puede alternar el santo ministerio de la maternidad que es la literatura con el ejercicio de la prostitución que es el periodismo". Y procuraba amparar su descalificación del periodismo como forma literaria con declaraciones tremendistas: "después de permanecer cuatro o cinco horas diarias culiatornillado frente a la máquina tecleando idioteces para ganarse el pan cotidiano, ya no le queda a uno humor ni para escribirle recaditos a la mujer amada".

Con todo pienso yo que las fronteras están hechas para ser burladas. No hay aduana que impida el permanente intercambio de recursos que literatura y periodismo celebran en la escritura. Huyamos de esa manía clasificatoria. Ya quisiéramos disfrutar, algunos, de unos pocos poemas con la ligereza, el magnetismo y el poder de convicción de un buen artículo de periódico y de un puñado de artículos con la espontaneidad, la concisión y la transparencia de un poema. Lo ideal sería incluso que la poesía fuera cada vez más informativa y el periodismo cada vez más poético. Un ideal que, como puede observarse, en los buenos creadores del periodismo moderno, va cumpliéndose.

Literatura y periodismo nacieron para lo mismo: contar historias. Y contarlas de la mejor manera posible, con un lenguaje seductor y convincente que busque siempre el roce de la belleza. "Ya que escribes en verso, podrías hacer los yambos un poco más hermosos", le recomendó en una carta Marx al poeta social Lasalle. El periodista que no asuma el desafío de saber contar con gracia y convicción la realidad de la que es testigo, no tendrá plena conciencia del sentido de su oficio.

Dar una noticia y contar una historia no son sentencias tan ajenas como podría parecer a primera vista. Al contrario, en la mayoría de los casos, son dos movimientos de una misma sinfonía. Los primeros grandes narradores fueron, también, grandes periodistas. Entendemos mucho mejor cómo fue la peste que asoló Florencia en 1347 a través del *Decamerón* de Bocaccio que a través de todas las historias que se escribieron después. Y no hay mejor informe sobre la educación en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX que la magistral y caudalosa *Nicholas Nicleby* de Charles Dickens. La lección de Bocaccio y la de Dickens, pretenden algo muy simple: demostrar que la realidad no nos pasa delante de los ojos como una naturaleza muerta sino como un relato, en el que hay diálogos, enfermedades, amores, además de estadísticas y discursos.

Por tanto, las fronteras existentes entre el alto periodismo y la literatura son tan frágiles como las que se manifiestan entre una escena de artes marciales de Tarantino y la coreografía de un espectáculo. No es difícil encontrar crónicas, reportajes, entrevistas y artículos que conservan su raíz periodística, en tanto informan sobre la realidad, pero su escritura aparece matizada con elementos literarios.

Pero vayamos más allá. En nuestros días, suena reiterativo recordar que el periodismo no es completamente objetivo y que la literatura, como arte, no se limita únicamente a experimentos subjetivos dentro de su expresión. Ambos hablan desde una subjetividad, desde una visión del mundo forjada desde sus convicciones más íntimas. Subjetividad que se alza para ofrecer su relato al mundo. Ni el escritor ni el periodista, si son verdaderos, creen en el mito de la objetividad, "inventado por las agencias de noticias", y si en su portentosa capacidad de contar. Por eso, hay que entender el buen periodismo siempre como buena literatura y no hay que vivirlo como una escisión. Un hombre no puede dividirse entre el escritor que busca la expresión justa de nueve a doce de la noche y el gacetillero indolente que deja caer las palabras sobre las mesas de redacción como si fueran granos de maíz. El compromiso con la palabra es a tiempo completo, a vida completa.

Desde el siglo XIX, escritores de renombre han ejercido la profesión periodística y han concebido textos perdurables en sus géneros, autores que no han menospreciado la crónica o el reportaje y que al incursionar en ellos los han enriquecido: Galdós, Martí, Ruben Darío o más cercanos en el tiempo, Rodolfo Walsh o Gabriel García Márquez.

En este sentido, es significativa la experiencia del escritor colombiano. A mediados de los cincuenta, enviado por "El Independiente" a Europa, escribiría folletines diarios. Uno de ellos, titulado "El escándalo del siglo" es, como ocurre con el libro de Galdós, un digno ejemplo de cómo se conjugan armónicamente las técnicas más ortodoxas de la

crónica-reportaje con los recursos tradicionales de la novela, la exactitud documental con la descripción literaria, el lenguaje objetivo de la noticia con las recreaciones narrativas.

Escrita en Roma en septiembre de 1955 y fragmentada en trece partes, la crónica-reportaje de García Márquez se estructura al mismo tiempo como una noveleta policíaca, donde a partir de la desaparición de Wilma Montesi, una muchacha de familia proletaria, que luego aparece ahogada en las playas de Torvajánica, cerca de Ostia, se desata todo un caos de personajes y conflictos.

García Márquez realiza un agudo corte de la pirámide social italiana, desde su oscura cima —un príncipe, un multimillonario, y el hijo de un ministro, implicados en el asesinato— hasta la hija del carpintero, Wilma Montesi, obligada a llevar una 'doble vida' y muerta a los 21 años. Algo parecido sucede con el libro de Galdós. Sus crónicas criminales son reflejo de la sociedad y sus conflictos y se convierten en vehículo idóneo para expresar la violencia estructural de aquel tiempo, demuestran que no sin razón decía Bertolt Brecht que vemos la realidad bajo la forma del crimen.

Si Galdós denuncia la corrupción de la administración penitenciaria o fustiga a la prensa carroñera: "En cuanto se indica que tal o cual persona va a ser interrogada por el juez, los periodistas buscan su domicilio, le encuentran, se encaran con la persona, la acosan a preguntas y no vuelven a la redacción sin un caudal más o menos auténtico de noticias. Al propio tiempo, estos mismos reporters espían los pasos del juez, le siguen en coche a través de las calles, atisban las casas donde entra, con quien habla, el restaurant donde come, y examinan, en fin, la cara que tiene, deduciendo de su expresión regocijada o meditabunda el estado de su ánimo, y por este juzgando de la buena o mala marcha del sumario", García Márquez denuncia la corrupción reinante en el seno de la Policía, el tráfico y consumo de estupefacientes, y otros negocios como el juego y la prostitución, o la absoluta falta de confianza en la justicia.

Quizás el relato de Galdós sea más respetuoso, más frío y conservador que el de García Márquez. Menos ligero éste y más tenso de principio a fin debido al misterio de la muerte de Montesi, aunque coinciden también en él los testimonios contradictorios de testigos que mienten o fabulan y los múltiples caminos errados que atraviesan las autoridades en el seguimiento del caso. Las diferencias estilísticas e ideológicas se explican si tenemos en cuenta que unos sucesos transcurren a finales del XIX y otros entre 1953 y 1954. Ambos siguen el esquema ético de la crónica criminal que se condensa en la eterna lucha de un bien y un mal preestablecidos por coordenadas ideológicas impuestas por el tipo de sociedad en que se desarrolla. Por lo demás, los dos autores resumen en sus textos fragmentos por ellos investigados a través de testimonios, especulaciones y

una síntesis de notas informativas aparecidas en diarios, y ordenan toda esa información de forma cronológica hasta agotar, dentro de sus dominios, todas las fuentes. Citan declaraciones de los personajes involucrados, segmentos informativos publicados en los periódicos y entrevistas personales que conceden verosimilitud a los textos, cuya fluidez narrativa es propiciada en muchos momentos por las propias anécdotas, sabiamente intercaladas en el cuerpo de las crónicas.

Los dos humanizan la información, hacen una radiografía emocional de los personajes y de las situaciones, sin llegar a honduras subjetivas, e interpretan desde la posición del cronista diversas lecturas de los acontecimientos. Arrojan luz sobre muchas inquietudes humanas y en especial sobre la frecuente imposibilidad de saber la verdad sobre los demás o sobre nosotros mismos. Todo ello en una prosa diáfana, de intensidad rítmica, narrada en tercera persona con algunas señales dirigidas al lector, que dotan de dinamismo a la historia.

Tanto en *El crimen de la calle Fuencarral*. *El crimen del cura Galeote* como en *El escándalo del siglo*, el texto se literaturiza por distintas razones: el lenguaje, pese a su relativa objetividad, contiene figuras retóricas y los personajes están delineados en sus caracteres, tienen antecedentes biográficos y actúan —dentro del realismo noticioso— con comportamientos dramáticos, como en una película.

Galdós logra, con todo lo apuntado, un texto espléndido que al leerse, después de muchos años de haber sido escrito, provoca apasionamiento y placer, y trasciende no tanto por su temática, ya que la corrupción o la delincuencia a la caza de fortunas siguen siendo actos corrientes en la sociedad criminal actual, sino por su tratamiento estilístico. Su lectura hoy confirma su carácter literario según la distinción de Cyril Connolly: “La literatura es el arte de escribir algo que va a ser releído; el periodismo, lo que será hojeado una vez”. Son crónicas, en definitiva, que pueden leerse, en buena medida, como relatos de exquisita ficción novelesca. Y donde el periodista y el escritor se integran en una sola personalidad.

Aunar el potencial expresivo del lenguaje literario y su riquísimo arsenal de recursos a la acuciosa seriedad de la información presentada, es la clave de perdurabilidad que distingue la obra periodística que dejaron estos escritores. No se trata lógicamente de pergeñar una helada teoría que dé cuenta del cruce entre literatura y periodismo. La cosa es mucho más simple, nos basta con releer las crónicas de Galdós o del mencionado García Márquez, para verificar cómo el talento narrativo es un atributo que puede dar a la información su más luminosa visibilidad. La clave está en saber contar. Enseñanza que asimilan los periodistas que se internan en los socavones de la literatura, y los escritores que no se privan de uno solo de los recursos que ofrece el mejor periodismo.